

#### CAPITULO XXXIV.

El heroísmo de la virtud.

Habia pasado ya la sangrienta batalla dada el día 8 de Setiembre de 1847 en "Molino del Rey," casi á las puertas de la capital. Batalla desgraciada, pero gloriosa, en que cuerpos aislados de tropas mexicanas combatieron contra todo el ejército invasor, haciendo retroceder varias veces sus columnas, y persiguiéndolas hasta sus mismas posiciones.

Allí la tropa de línea y la guardia nacional, manifestaron al mundo que los mexicanos sabian morir como héroes, cuando se

traía de defender los caros objetos de patria y libertad.

Allí el tercer regimiento Ligero, á las órdenes del valiente coronel D. Miguel Echagaray, al acercarse los invasores en número de mas de mil hombres á los molinos, se arroja sobre los invasores, y á pesar de que los mexicanos que acometen no son mas de quinientos, es tal el ímpetu con que se lanzan sobre la fuerza enemiga, que ésta queda turbada por un momento, y poco despues huye precipitadamente. El 3º Ligero persigue á los invasores, les quita tres piezas de artillería, de que poco antes se habian apoderado, y los acosa hasta llegar hasta la misma línea norte-americana.

Allí tambien el valiente y honrado patriocio, coronel del batallon Mina, D. Lucas Balderas que, herido de un pié, no quiso retirarse de la accion, cayó atravesado de honrosas heridas, y espirando arengó á sus soldados.

El general Leon, pereció tambien, llevando de asombro con su temerario arrojo, y mil y mil intrépidos oficiales y soldados

que dejaron trazado, con su sangre, el sendero que deben seguir los que no quieran llevar en la frente la mancha vil de esclavo.

Pero todos estos notables hechos habian sido aislados, combatiendo cortas secciones mexicanas contra numerosas columnas invasoras, y el resultado al fin, vino, en consecuencia, á ser desgraciado para México, y los Norte-Americanos hollaron con su planta la capital de México, en la mañana del 14 de Setiembre de 1847.

Instalado el gobierno mexicano en Querétaro, los invasores empezaron á dar los pasos necesarios para celebrar la paz entre ambos países.

Durante este tiempo, Nuñez y Leopoldo habian sanado completamente de sus heridas, y viendo que las negociaciones de paz se encontraban muy adelantadas, esperaron el término de ellas para dejar su actitud belicosa ó empuñar de nuevo las armas en defensa de la patria.

En uno de esos dias en que el gobierno norte-americano y el de México, se ocupaban del asunto importante de la paz, un

hombre se hallaba en la humilde habitacion de la hermosa Elisa.

Era D. Emilio.

—Ya ve vd., hermosa Elisa—le decia—que he cumplido gustoso con el deseo indicado por vd. Clotilde será la mas feliz de las mujeres al lado del hombre que, con su constancia, respeto y abnegacion, se ha hecho digno de su mano.

—Sí, D. Emilio: era el único anhelo de mi maternal cariño: ya que la hice desgraciada privándole de las caricias de una madre que no le puede dar el dulce nombre de hija, al menos no llevaré á la otra vida el remordimiento de no haber hecho el sacrificio de presentarme á vd. para salvar de la muerte á la que la hubiera conducido su pasion contrariada.

—Pero ¿está vd. resuelta á callar á ella, tan virtuosa y prudente, ese secreto?

—Por siempre.

—¿Teme vd. que su cariño fuese menos intenso, si vd. se descubriese á ella diciéndola, soy tu madre?

—Todo lo contrario; estoy segura que me perdonaria una falta que he expiado de una manera terrible; que me amaria como yo le amo.... que me consolaria.... que lloraria de placer conmigo, y que me haria la mujer mas venturosa de la tierra.

—Pues entonces....

—Pero por eso mismo he resuelto que ignore siempre quién le dió la vida. ¿Debo yo acaso encontrar deleites, dichas y contento, en donde está patente la falta de mis deberes? ¿En premio de la culpa, he de solicitar las caricias mas tiernas... los afectos mas dulces.... las dichas celestiales? ¡Oh! ¿Eso seria hacer una nueva ofensa á Dios. No; yo me he propuesto expiar en el mundo, con todos los sacrificios posibles, el delito que cometí, y lejos de gozar de sus caricias, lejos de intentar al placer de escuchar de sus labios un nombre que me inundaria de celestial contento, he resuelto, cuando la contemple unida al hombre que ama, renunciar hasta la dicha de verla.

—¡Oh! ¡eso seria demasiadol

—¡Demasiado!

—Cuando todos van á ser felices.. cuando mi hermana Inés recobra la tranquilidad y se dispone á ser la esposa de Ricardo, salvado por Nuñez de un obscuro subterráneo.... ¡vd., solo vd. ha de sufrir y padecer!

—Para ser feliz le basta á una madre saber que lo son sus hijos.

—Pero aquella falta que por mi culpa cometió vd., aquella falta la ha purgado vd. suficientemente con diez y ocho años de privaciones y de lágrimas.... ¿Por qué, pues, privar á Clotilde de la dicha de conocer á quien le dió la vida?

—¡Jamás! Mi resolucion está tomada: me impongo el mayor de los sacrificios para una madre, como expiacion de mi culpa.

—Bien; yo respeto esa resolucion heroica; pero ¿qué motivo existe para que rehusé vd., como lo ha hecho, mi mano y mi fortuna? ¿No está vd. enteramente libre para disponer de su corazon? Desde el momento en que el Eterno llevó á su mansion al hombre á quien los dos ofendimos, aspiré á la dicha de unirme á vd. en eterno y

sagrado lazo, pero vd. rechazó mi proposición, y no sé de qué palabras valirme para hacerla á vd. desistir de su empeño.

--De ningunas, D. Emilio, porque todas se estrellarian contra el firme propósito que he tomado. Esa union y esas riquezas podrian hacerme olvidar un instante mi falta, y repito que yo anhele recordarla, tenerla siempre viva en mi corazon para tratar de borrarla. Le suplico á vd., por lo mismo, que no insista en esa idea, que es irrealizable.

--Por doloroso que me sea renunciar hasta la esperanza de mi felicidad, respetaré su deseo como sagrado para mí, y mis labios permanecerán cerrados sobre ese asunto.

--Mil gracias.

--Era preciso--dijo D. Emilio con profunda tristeza--que cuando todos van á ser venturosos, yo, único autor de las desgracias que han afligido á vd., expiase tambien terriblemente mi falta.

--¡Y se cree vd. desgraciado! ¡Desgraciado vd. que puede estrechar contra su

corazon á Clotilde, llamarla á todos horas su hija.... abrazarla.... y hasta confesarle que es vd. su padre! ¿Cómo calificará vd. entonces la pena de la pobre mujer, condenada á no verla jamás.... á renunciar á la dicha de escuchar el dulce metal de su armoniosa voz?

Y Elisa dejó caer abatida su cabeza sobre el pecho, vertiendo un raudal de lágrimas.

Don Emilio conoció todo el peso de aquellas razones, y exclamó:

--¡Oh Elisa! esa pena es sublime en la esfera del dolor.... inconmensurable.... sin igual en el mundo! ¡Oh! al escucharla á vd., me avergüenzo de mi debilidad.... de mis pretensiones.... de mis quejas! Yo respeto, mujer incomparable, ese sacrificio, y no me creo con derecho á llamarme desgraciado. ¡Adios, pues, ángel de virtud y de hermosura: continúe vd. siendo el ornamento de su sexo; y al elevar á Dios sus oraciones, pídale vd. que me perdone los males que la he causado!

--¡Ah! sí; le pediré que me perdone, y

que le perdone á vd., como yo le he perdonado.

Y D. Emilio salió admirando la virtud de aquella mujer que llevaba la abnegacion hasta el mas sublime heroísmo para borrar su falta ante Dios.

No bien acababa de poner los piés fuera de la puerta, cuando entraron Julia y Teresita que habian estado en la contigua vivienda de la preceptora Amalia.

—¿Quién es ese caballero, mamá?—Prepuntó Teresita al ver marchar á D. Emilio.

—Es el que ha hecho las veces de padre con Clotilde.

—Con razon me ha simpatizado. ¿Qué bueno parece! ¿Le conocias tú antes?

—¿Yo?—dijo Elisa titubeando.—Sí.

—¿Y por qué no habia venido á visitarte hasta hoy?

—Porque... porque es persona de graves y muchas ocupaciones.

—¿Y á qué ha venido, mamá?

—A comunicarme una noticia de parte de Clotilde: á decirme que todo está ya dispuesto para su union con Leopoldo.

—Y dime, mamá:—dijo Julia:—Cuando sea ese enlace, tú asistirás á la boda, ¿no es verdad?

—¡No, hijas mías!

—¿Pues qué, no te convidarán á ella?

—Para mí, hijas mías, no quedan mas placeres en el mundo que el de no separarme de vosotras, de escucharos, de estar pendiente de vuestros deseos.

—Pero ¿no amas á Clotilde?

—¿Qué si le amo! ¡Oh! ¡mucho... mucho, hijas mías! ¡Pero yo no debo asistir á esas reuniones donde todos gozan....—Exclamó conmovida Elisa.—Yo no debo presentarme en medio del lujo y de la alegría.... La memoria de lo que debí á vuestro desgraciado padre y su horrorosa muerte, deben acompañarme nada mas.

—¡Ah! ¡qué buena eres, madre mia!—Dijo Teresita acariciándola.—Sí; tieines razon: nosotras no debemos pensar en esos goces.

—Mis goces y mis delicias sois vosotras.

—Como tú eres nuestra única felicidad.—Exclamaron las dos hermosas niñas rodean-

do á su tierna madre, que las inundó de besos y de caricias.

Elisa acababa de dar la prueba mas sublime del arrepentimiento de una falta cometida hacia cerca de diez y ocho años.

Habia renunciado una posicion brillante en la sociedad, no admitiendo la proposicion de Don Emilio, de unirse á ella.

Amaba á Clotilde con todas las veras del corazon de una tierna madre, y se impuso el doloroso tormento de no verla en la vida.

Elisa sintió agolparse á sus ojos las lágrimas con esta última consideracion, y volvió á abrazar á sus hijas para dulcificar la pena que desgarraba su corazon.

Aquel sacrificio era sublime.

Era la abnegacion llevada hasta el grado mas heróico, y de que solo es capaz la mujer.

## CAPITULO XXXV.

### Conclusion.

Ha pasado algun tiempo desde la entrevista de D. Emilio y Elisa, de que nos ocupamos en el capítulo anterior.

Las ratificaciones del tratado de paz entre México y los Estados-Unidos se habian canjeado en Querétaro, el 30 de Mayo de 1848, y en virtud de ellas, las tropas invasoras habian evacuado el país.

En los mismos instantes en que se tenia noticia de que se habia hecho á la vela, en Veracruz, el último barco norte-americano, salian del espacioso Sagrario de la capital de México, varias personas de ambos sexos,